

PRECIOS DE SUSCRICION:

MADRID, por un mes. 10
 PROVINCIAS por tres meses, haciendo la suscripcion en la Administracion de LA IBERIA, o remitiendo los suscripciones libradas sobre correos ó particulares, irando directamente la Administracion de LA IBERIA á cargo de los suscritores. 30
 Haciendo la suscripcion en casa de los comisionados, 40
 Por un mes. 12
 Por tres. 40
 Por seis. 78
 Por un año. 144
 LA IBERIA se publica todos los dias menos los domingos.

LA IBERIA.

DIARIO LIBERAL DE LA TARDE.

PUNTOS DE SUSCRICION:

En la Redaccion, Plazuela de Colenque, número 1, 4º principal; y en las librerias de Bailly-Bailliere, calle Moja, y Cueta, calle Mayor.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS:

El minimumo 3 rs., y los que pagan de ocho líneas á 1º y 2º en cada cada 20 letras para los suscritores; y 4ª para que no lo sean.
 Los comunicados se insertarán á precios convencionales, y tanto estos como los artículos que se nos remitan, no devolvérán á los interesados aun cuando se dejen de insertar. No se admite correspondencia que no venga franca de por

Edicion de Madrid.

Martes 29 de Julio de 1856.

AÑO III.—NUMERO 626.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores cuyo abono concluye el día 31 del presente, se servirán renovar oportunamente para no experimentar retraso en el recibo de LA IBERIA.

SECCION DOCTRINAL.

EL ANTIGUO REGIMEN Y LA REVOLUCION FRANCESA.

II.

Nuestra teoría sobre la revolucion francesa es, como han visto nuestros lectores, la siguiente: damos á esta terrible revolucion el nombre de una gran restauracion.

Deploramos sus excesos; pero la rebeldia y la profundidad del mal, al mismo tiempo que la naturaleza de las cosas que se trataba de modificar, nos esplican la violencia de sus sacudidas.

El libro de Mr. de Tocqueville, sus raciocinios y sus reflexiones van á suministrarnos toda clase de argumentos.

Hemos hablado de la autoridad, y hemos tambien asegurado que la revolucion habia sido hecha para constituir una nueva forma de gobierno, y para arrancarla á unas bases que absolutamente carecian de equidad. No ha sido violenta en presencia del desórden; y si de algo puede ser acriminada, no es por haber debilitado el principio y los derechos de la autoridad, sino por haberlos exagerado hasta el punto de subordinar completamente el individuo á la ciudad, y esta á la sociedad. Mr. de Tocqueville, despues de haber examinado todos los orígenes de la revolucion francesa, abraza esta opinion.

«La revolucion, dice este autor, no ha sido hecha, como generalmente se ha creido, para destruir el imperio de las creencias religiosas, sino que ha sido esencialmente á pesar de las apariencias, una revolucion social y política; así pues, en el círculo de las instituciones de esta especie, si no se propuso perpetuar el desórden, haciéndolo en cierto modo permanente, ni metodizar la anarquía, como decia uno de sus principales adversarios, sino mas bien aumentar el poder y los derechos de la autoridad pública.... Cuando se la separa de todos los accidentes que momentáneamente cambiaron su fisonomía, en diferentes épocas y paises, para con-

sidearla en sí misma, se vé claramente que esta revolucion solo tuvo por efecto la abolicion de esas instituciones políticas que durante muchos siglos habian reinado sin rival en la mayor parte de los pueblos europeos, y que se conocen vulgarmente con el nombre de instituciones feudales, para sustituirlas con un orden social y político mas uniforme y sencillo, cuya base era la igualdad de condiciones.

«Esto bastaba, añade Mr. de Tocqueville, para hacer una revolucion inmensa; porque aparte de que estas antiguas instituciones estaban todavia mezcladas y como enlazadas con casi todas las leyes de Europa, habian imbuido multitud de ideas, de sentimientos, de hábitos y de costumbres que eran como sus accesorias. Fué pues necesaria una horrosa convulsion para destruir y extraer radicalmente del cuerpo social una parte que tan directamente afectaba á todos los órganos. Esto hizo aparecer la revolucion mucho mas trascendental de lo que en realidad lo era. Parecia que destruía todo, porque lo que destruía interesaba á todos, y constituía en cierta manera parte integrante de todo.»

Por lo que respecta á esa autoridad que la revolucion destruía para fundar otra cuyos derechos emanasen de la justicia y cuyo ejercicio fuese dirigido por la ley, es preciso leer el retrato que de ella hace Mr. de Tocqueville. Al espirar la monarquía no existia ya ninguna especie de libertad, ni política ni administrativa. El único campo en que el pensamiento podia moverse, y esto no sin grandes peligros personales, era la teoría. Algunas veces se podia ser indevoto impunemente, porque los mismos principes fomentaban esta tendencia; pero fuera de esto, toda esta libertad era un átomo de libertad. Los movimientos del individuo, de la municipalidad, de la generalidad y de la provincia, estaban sometidos á la mas absurda y estúpida centralizacion. Por todas partes estaban destruidas las asociaciones ó corporaciones que contenian en sí mismas el germen vital de la discusion ó de la accion. El poder real habia amontonado en la desgraciada Francia las ruinas de todas las instituciones. Habia hecho pasar sobre todo su nivel y su segur, y se habia colocado á sí mismo, sin mas norma ni ley que su capricho, en lugar de todo. Así es que nada debe buscarse á su lado. Si dejó á la aristocracia los millares de pequeños derechos afectos al terreno, fué únicamente para ponerla en hostilidad permanente con el pueblo y asegurar su imperio merced á esta division maniquiética. Por lo que respecta al poder efectivo, nadie lo ejercia sino el rey ó por

el rey. Y no se crea que la monarquía se procuraba sus instrumentos en las clases elevadas; lejos de esto, los buscaba en las condiciones mas humildes, á fin de que fuesen mas dóciles á sus proyectos. De acuerdo con sus ambiciosas miras, no dejó á los privilegiados sino precisamente aquellos privilegios que los hacian odiosos, logrando por este medio aislarlos completamente. No bien se presentaba cualquiera cosa, que parecia capaz de oponer alguna rémora al gobierno, la monarquía absoluta se apresuraba á derribarlo. El Estado era el rey; el pais el rey, la administracion el rey, y la ley tambien era el rey.

«Causará estrañeza, dice Mr. de Tocqueville, despues de haber trazado el cuadro del gobierno antes de 1789, causará estrañeza en todas épocas ver las ruinas de una nacion como la Francia, que parecia llamada á extenderse sobre toda Europa; pero los que lean con atencion su historia, comprenderán sin esfuerzo su caida. Casi todos los vicios; casi todos los errores; casi todas las funestas preocupaciones que acabo de pintar han debido efectivamente su nacimiento, su duracion y su desarrollo al arte fatal que la mayor parte de nuestros reyes ha tenido para dividir á los hombres á fin de gobernarlos de una manera mas absoluta.»

Este sistema de division y de oposicion de unas clases á otras, esplica á la vez la facilidad con que marchó la revolucion y su característica violencia. Nada habia ya organizado para entorpecer la marcha del gobierno absoluto; pero tampoco existia ya nada que pudiera ayudarle, segun las palabras de Mr. Tocqueville. Por un lado la aristocracia, la clase media y el pueblo en el mismo estado social y á causa del sistema administrativo, se miraban con reciproco rencor. No bien se retiraba ó se debilitaba la mano que retenia el conjunto de este edificio ruinoso y lleno de elementos hostiles, la lucha empezaba con nueva fuerza, y la victoria coronaba siempre al mas fuerte.

Así pues, no á algunos hombres, ni á dos ó tres escritores, ni á la perversidad de las doctrinas filosóficas ó políticas del siglo XVIII, debe atribuirse el primer origen de la revolucion: la responsabilidad de los excesos cometidos y de la sangre derramada, debe con razon exigirse á la injusta autoridad que por espacio de tanto tiempo pesó sobre la Francia. Hay mas: cuando algunos se quejan hoy de las dificultades que presenta el gobierno de este pais; cuando se lamentan de la movilidad del pueblo, de su falta de firmeza, de sus errores y de sus preocupa-

ciones, ¿sabéis á quién debe atribuirse todavía la triste causa de todo esto? Pues sabedlo: debe atribuirse á la mala educacion que el poder real ha dado á la nacion francesa, en el transcurso de muchos siglos.

«Este pueblo, dice Mr. de Tocqueville, este pueblo que parece el único que se ha aprovechado de las faltas y de los errores de todos sus dueños, si ha logrado en efecto emanciparse de su imperio, no ha podido sustraerse al yugo de las ideas falsas, de las costumbres viciosas y de las malas propensiones que aquellos le habian imbuido ó dejado adquirir.» Si algunas veces se le ha visto manifestar, hasta en el uso de la libertad, las inclinaciones de un esclavo, esto debe atribuirse únicamente á la eterna esclavitud de pensamiento, de conciencia, de administracion y de práctica de los negocios á que se ha visto sometido. Y no es poca maravilla el verle tan razonable, despues de haberlo sido tan poco con él.

¡Pé aquí lo que era la autoridad! Abandonemos por un instante este artículo, del cual volveremos á ocuparnos, porque nos proponemos estudiar el mecanismo administrativo de la antigua Francia con Mr. de Tocqueville, y responder con sus investigaciones en la mano á algunas de las acusaciones que ordinariamente se fulminan contra la revolucion. Examinemos ahora una de las otras bases sociales: la propiedad, por ejemplo.

Hemos dicho que la revolucion francesa fué una restauracion del principio de propiedad, completamente oscurecido por las usurpaciones feudales. ¿Quién podria dudar de ello, si es que ha dirigido una ojeada sobre el mayor consorcio de los archivos, los mas ocultos escondrijos bibliográficos y de haber algunas veces, como él mismo dice, pasado un año en asegurarse de un hecho, traza de la condicion impuesta al labrador antes de 1789? Los colores de este cuadro son vivos, y sin embargo están muy lejos de pintar fielmente la verdad. El historiador, como ya hemos dicho, es templado en la forma y en el fondo, en el espíritu y en la letra; y no obstante, hé aqui algunos rasgos de su pincel:

«Imaginad, dice, al labrador francés del siglo XVIII, ó por mejor decir al que hoy conocéis, porque si su condicion ha cambiado, no ha sucedido lo mismo respecto de su carácter. Vedle tal como los documentos que he citado nos lo pintan: tan amante del terruño, que consagra á comprarlo todas sus economías, y en efecto lo compra á cualquier precio. Para adquirirlo, le es preciso

empezar pagando un derecho, no al gobierno, sino á otros propietarios vecinos, tan estraños como él á la administracion de los negocios públicos, y casi tan impotentes como él.

«Posee en fin el suspirado terruño y entienda en él su corazón con la semilla que le confía. La reducida porcion de terreno que le pertenece en este vasto universo, le llena de orgullo y del sentimiento de su independencia. Pero vienen los nobles sus vecinos, que le arrancan de su campo y obliganle á trabajar en otro sin salario alguno. ¿Quiérete defender su cosecha contra el exactor? Pues bien: aquellos se lo impiden y le esperan al paso del rio, donde le exigen un derecho de peaje. Vuélve á encontrarlos en el mercado, y allí le venden el derecho de vender sus propias mercancías; y cuando, al volver á su hogar, quiere emplear en su uso el resto de su trigo, de ese trigo que ha crecido á su vista y bajo el cuidado de su mano, no puede hacerlo sino despues de haberlo enviado á moler al molino, y á cocerlo en el horno de sus señores. Una parte del producto de su escaso terreno se destina á formar la renta de estos; rentas que son imprescriptibles é irrecusables.

«Haga lo que quiera, encuentra en todas partes en su camino á estos vecinos molestos, que perturban sus placeres, que embarazan su trabajo, que consumen sus productos; y cuando ha concluido con estos, otros hombres vestidos de negro, se presentan á él y le arrebatan lo mas saneado de su cosecha. Figúrate la condicion, las necesidades y el carácter del labrador, y calculad, si podéis, la inmensidad de penas y trabajos.

Así pues, nada hemos exagerado: la propiedad estaba establecida sobre bases de tal manera deplorables, que la guerra debia necesariamente estallar entre los propietarios; y esta guerra debia ser sin tregua ni perdón: el combate se hallaba fatalmente en la estremidad de esta situacion social. La opresion puede durar años y siglos; pero llega siempre, dice Montesquieu, un instante en que las naciones no quieren continuar siendo esclavas, y entonces la crisis está en razon directa de la longanidad del paciente. Calculad, pues, segun la expresion de monsieur de Tocqueville, la inmensidad de rencor que la inícuca situacion de la propiedad debia engendrar, y dejad de acusar á los hombres de la revolucion. Acusad mas bien á aquellos que en la sucesion de los tiempos habian constituido y organizado la Francia, de tal modo que le hicieron venir á las manos consigo misma, en un día dado; á ellos

148

SECCION RECREATIVA.

LOS MISTERIOS DE LONDRES

por

PAUL FEVAL.

TERCERA PARTE.

LA GRAN FAMILIA.

VIII.

LA SANGRIA.

—Se han admirado de vuestra larga ausencia; pero vuestros fieles han acallado con poco trabajo á los descontentos... Milord, ignoro lo que pensáis de mí, pero os lo digo con todo mi corazón: muy locos son los que intentan combatiros.

Rio-Santo fijó sobre él su mirada profunda y tranquila.

—Y vos sois un sabio, señor doctor—dijo con sencillez.

—Cada cual tiene en esta vida sus horas de demencia, milord... Puesto que hablamos de mí, debo deciros que hace poco he sido un insensato cuando pensé mataros.

—Y un insensato por no haberlo hecho—interrumpió Rio-Santo.

—Sí, milord: un insensato por no haberlo hecho.

Rio-Santo se volvió sobre su sillón y dijo:

—La partida está aplazada; estoy seguro de que vos no me perdonaréis... Yo no tengo tiem-

po para ocuparme de vos... Acepto vuestra ayuda como hasta aqui; me apoyo sobre vos ligeramente y lo hago con toda seguridad....

—Esa confianza, milord—empezó á decir el doctor Moore que se sintió por un instante con ganas de arrepentirse.

—Confianza... no es esa la palabra—interrumpió Rio-Santo.—Lo que yo queria deciros es que no teniendo lugar para instruir vuestro proceso, os aplastaré desde ahora á la primera sospecha.

Rio-Santo, rechazando el cogín, dió con el tacón un violento golpe sobre el suelo, añadiendo en seguida.

—Velad por vos, caballero.

—Milord! milord!—esclamó Moore con una emocion hipocrita.—En un momento como este, una sola palabra de bondad me hubiera hecho vuestro esclavo por toda la vida.

La mirada de Rio-Santo no perdió su expresion de tranquila superioridad, pero los músculos de su boca, involuntariamente contraídos, hicieron moverse ligeramente las puntas de su fino bigote negro.

Moore arrojó su máscara porque conoció que el marqués habia leído en el fondo de su alma. Su frente encorvada se irguió, su sonrisa cínica y glacial apareció de nuevo sobre sus labios, y dijo sin alterarse:

—Pues bien, milord, yo velaré por mí... Os serviré aborreciéndolos... Seré vuestro instrumento y vuestro enemigo... Yo haré...

—Silencio!—gritó Rio-Santo.—Ya sé todo eso. Vos no ganáis ni perdeis nada con decirme. Hablemos de cosas formales, si gustais.

Moore sintió afluir á su corazón una mar de cólera, viendo el desprecio absoluto, completo, inmenso que se hacia tanto de sus amenazas como de sus protestas. Aumentóse su odio, pero creció su respeto, y una especie de terror superstitioso se apoderó de él.

Rio-Santo le pareció invulnerable.

—Aguardad; tengo que deciros otra cosa mas—repuso Rio-Santo, con tono negligente.—como

la casualidad pudiera entregarme por segunda vez en vuestras manos sin defensa ninguna, y como, además, podéis picar desde lejos como esos venenosos reptiles que arrojan su saliva al acaso, quiero deciros un secreto... Si me hubieseis matado hoy por la mañana, esta noche hubierais dormido sobre la paja de Newgate... No me interrumpáis... Ya sabéis que yo nunca hablo á la ligera... Hace ya mucho tiempo que os conozco, doctor... Entre vos y el cadalso hace dos meses que solo media mi voluntad.

Moore temblaba; pero quiso dudar.

—Entre el cadalso y yo, milord—dijo, tratando vanamente de presentarse altanero,—hay un abismo que todo vuestro poder no sabría cegar.

—Escuchad; tengo que haceros varias preguntas importantes y me fatiga ya tanto hablar... El supremo magistrado tiene entre sus manos un paquete cerrado que contiene vuestra condena... no os asombréis: del mismo modo tengo sujetos á los principales loras de la noche, vuestros compañeros. Sin esto, me seria preciso tener mil vidas.

—¿Pero qué contiene ese paquete?

—La coleccion completa de todas vuestras fechorías. En ese paquete están las pruebas... pruebas irrecusables.

—Pero, ¿por qué el supremo magistrado no ha abierto todavía ese paquete?

—Es preciso perdonaros tantas preguntas. La cosa os interesa muy de cerca, doctor; pero mi condescendencia no llega hasta el punto de contestaros á todas. Ese paquete es una mina, creebme; el reguero de pólvora existe, y mi muerte basta para pegarle fuego.

—Pero...

—Basta. Dejemos esto... ¿Qué noticias hay de Mary Trevor?

IX.

EN CASA DE PERCEVAL.

El doctor Moore tardó algun tiempo en contestar á la pregunta de Rio-Santo. Lo que este

último acababa de decirle tenia un tinte de extravagancia caballeresca que escitaba las dudas del doctor; pero por un lado, hacia ya tanto tiempo que se habia separado del buen camino para tomar esas sendas tortuosas del crimen al cabo de las cuales se encuentra la opulencia ó el cadalso! Además, tenia tambien sobre la conciencia tantas acciones dignas de someterse á la justicia humana, que el terror dominaba victoriosamente á la duda.

Por otra parte, sabia que Rio-Santo mantenia relaciones con todos los altos funcionarios de los Tres-Reinos.

Así es que el hecho no era imposible, y esto bastaba.

De modo que, bien fuese una verdad, bien fuese un artificio inventado repentinamente por el marqués, este último habia triunfado completamente.

Moore era desde este momento un asesino desarmado, una serpiente privada de su veneno. Rio-Santo, á pesar de esta victoria, conservaba la calma de su altanera indiferencia.

Al cabo de algunos segundos, repitió imperiosamente su pregunta.

—Caballero—dijo—os he preguntado qué noticias teneis que darne de miss Mary Trevor.

Moore se desprendió bruscamente de su preocupacion.

—Milord—respondió—no puedo dar una solucion cierta á Vuestra Señoría: ayer habia empezado un tratamiento que segun toda apariencia, hubiera salvado á miss Mary Trevor; pero durante el dia ha sobrevenido una crisis... una crisis terrible, milord!... Antes de hacer sufrir á miss Trevor un nuevo tratamiento, adecuado á su actual situacion, debo verificar ciertos ensayos sobre la otra... Este nuevo tratamiento, pues, debe ser tanto mas enérgico cuanto que la honorable heredera de lord James corre un peligro positivo y cercano...

—Pobre Mary!—murmuró Rio-Santo;—es preciso que yo la vea!

—No, milord... miss Mary tiene necesidad de reposo... de reposo absoluto... La crisis de

ayer ha sido demasiado ruda para su organizacion débil.

—Pues qué ha pasado?—preguntó vivamente el marqués.

—Muchas cosas, milord!... A pesar de la opinion de Vuestra Señoría, ha sido una grande desgracia que mis hilas no tocasen á la herida de Perceval....

—Ah!—dijo Rio-Santo—se trata de Perceval!

—Sí, milord: de Frank Perceval, que está mejor que vos y tan bueno como yo... Dios mio! un cuarto de pulgada mas y Frank dormiría ahora en la capilla del castillo de Fife... Eso hubiera sido muy normal: de padres á hijos todos los Percevals han muerto en duelo... Pero vos habéis detenido vuestra espada... habéis sido generoso... era el derecho incontestable de Vuestra Señoría. Ahora....

—¡Caballero!—interrumpió Rio-Santo—tened la bondad de ceñiros al hecho.

Moore habia vuelto á ocupar insensiblemente su asiento, del cual le habia sacado bruscamente la serie de revases que acababa de sufrir en su lucha desigual contra Rio-Santo. Inclínose con cierta humildad, al través de la que se descubria algo de su altéz natural.

—Olivadaba que milord tiene sueño—dijo—hé aqui el hecho: el carácter de la enfermedad de miss Trevor ha cambiado... su afeccion nerviosa toma unos sintomas tan graves, tan alarmantes, tan nuevos para mi experiencia, que mis primeros ensayos sobre la otra no pueden bastarme.

—Sobre la otra?—repitió Rio-Santo, que oia esta palabra, por segunda vez, sin comprenderla.—De quién me habláis?

—De una encantadora jóven, milord!—respondió Moore con cierto entusiasmo—de un ser viviente dotado de la mas rara perfeccion!... Qué juventud! qué delicado y gracioso vigor!... qué belleza de formas, reasumiendo todas las seducciones anatómicas de la mujer!... Ah! vive el cielo, milord, que sería un placer inmenso introducir el escabello en sus carnes firmes y elásticas, desarticulando sus junturas!...